

Buscando revolucionarios para el siglo XXI

A fines del siglo XIX y a principios del XX, se escribieron cantidad de libros sobre el socialismo, presentando las “bases”, los “rudimentos”, los “principios”, los “fundamentos”, las “ideas básicas” que lo caracterizan. Esta abundante producción literaria era conocida de muchas familias trabajadoras en las que el socialismo era objeto de discusiones apasionadas. Pero estamos hablando de un pasado remoto, pues, hoy en día, ¿quién se interesa por el socialismo?

Identificado tanto con el “socialismo” reformista de un Felipe González o un Zapatero como con el “socialismo real” o de tantos regimenes que se autotitulan socialistas, en el mejor de los casos despierta escepticismo o indiferencia y, en el peor, suscita rechazo y hostilidad. Lo que, desde luego, se entiende. Después de todo, ¿quién puede entusiasmarse por gobiernos “socialistas” tan difíciles de distinguir de sus homólogos abiertamente liberales o capitalistas?

Las traiciones y los fracasos de los primeros y el nacionalismo de los demás se revelaron los aliados más eficaces del sistema capitalista. Pues ayudaron a desacreditar la mera idea de *socialismo*, facilitando de ese modo la labor de propaganda de los apologistas del capitalismo. Ese desprestigio que afecta al socialismo es el motivo que nos mueve a recordar los principios fundamentales, olvidados, del comunismo auténtico; a retomar una indispensable labor de esclarecimiento, ya que el socialismo no sólo no tiene nada que ver con el capitalismo, ni siquiera reformado o “humanizado”, sino que, además, su necesidad es cada vez más apremiante.

Después de todo, ¿quién se atreverá a afirmar que vivimos en “el mejor de los mundos posibles”, sino los beneficiarios y propagandistas del capitalismo? ¿Quién puede creer que el fin de la sociedad actual es el bienestar de todos sus miembros? ¿Quién sueña con legar a sus hijos un mundo en el que reinan la pobreza, la desigualdad, la precariedad, la inseguridad, el desempleo o, para los que tienen la “suerte” de tener un empleo, un trabajo aburrido y monótono? ¿Quién puede ignorar los millones de víctimas anuales del hambre y de las guerras, del cambio climático, siendo, además, el capitalismo el más criminal de todos los regimenes?

Porque hemos nacido bajo el sistema capitalista y no hemos conocido otra cosa, muchos piensan que este sistema es “natural” y “perenne”. ¿No es precisamente eso lo que pensaban del feudalismo las generaciones que nacieron antes de la Revolución Francesa? El capitalismo existe desde hace menos de tres siglos y fue establecido por la acción de unos hombres. ¿Por qué, a semejanza del feudalismo, no podría ser sustituido por la acción de otros hombres? ¿Por qué razón debería el capitalismo ser más “eterno” de lo que lo fueron los sistemas sociales que lo precedieron?

En tiempos pasados, para muchos, el término *socialismo* significaba la abolición de la propiedad privada de los medios de producción y de las riquezas de la sociedad y su sustitución por la *propiedad social*. En este sentido, era sinónimo de **comunismo**, es decir de **propiedad común** de los medios de producción. Como se ve de inmediato, lo que la mayoría de hoy en día relaciona con el socialismo se trata de los países capitalistas dirigidos por supuestos gobiernos “socialistas”, cuya economía obedece a las mismas leyes que los países gobernados por partidarios declarados del capitalismo, o de los países llamados “socialistas”, en los que una burocracia controlaba, como en el caso de la Rusia “soviética” y los países de su órbita, la economía nacional gracias a su monopolio del poder estatal. Algo que nada tiene que ver con el socialismo tal como se entendía hace un siglo o más... o como lo entendemos nosotros. Así que, si el socialismo no ha nacido aún, ¿cómo puede haber muerto?

La sociedad actual favorece el individualismo y la atomización social con el fin de compensar la inferioridad numérica de la minoría poseedora mediante la división y la ignorancia de la mayoría trabajadora. Así aislados, ninguno de nosotros puede actuar sobre la realidad. Pero, así como los torrentes están compuestos de una infinidad de minúsculas gotas de agua, es la asociación organizada de todos nuestros esfuerzos individuales orientados hacia el mismo fin, que nos hará más fuertes, y que permitirá la realización de nuestro sueño de un mundo mejor.

Utopía socialista: ¿proyecto realizable o sueño inaccesible?

El término *utopía* encuentra su origen en una novela de Tomás Moro, un lejano precursor inglés del socialismo. Esa obra, publicada en el año 1518, fue escrita en reacción a la miseria que reinaba en los grandes centros urbanos de Inglaterra entre los campesinos echados de sus tierras por el desarrollo de la gran propiedad agrícola y por los progresos de la naciente industria textil. Describe detalladamente la vida en una isla imaginaria e “idílica” (pero con una organización estrictamente jerarquizada, apoyada en la explotación de los esclavos para las tareas más ingratas) que ignora la existencia de la propiedad privada.

En el transcurso de los siglos que siguieron, numerosos autores se ejercitaron en imaginar “mundos mejores” entre los que Antón Francesco Doni (*Mundo cuerdo, mundo loco*, 1552), Tomás Campanella (*La Ciudad del Sol*, 1602), Francis Bacon (*La Nueva Atlántida*, 1623), James Harrington (*La República de Oceana*, 1656), Dionisius de Vairas d'Alais (*Historia de los Sevarambos*, 1677), Morelly (*Náufrago de las islas flotantes o Basiliada del célebre Pilpai*, 1753), Etienne Cabet (*Viaje y aventuras de Lord Carisdall en Icaria*, 1840), Edward Bellamy (*Cien años más tarde o el año 2000*, 1888), William Morris (*Noticias de ninguna parte*, 1891), Anatole France (*La sociedad comunista*) no son más que algunos entre tantos otros.

A principios del siglo XIX, algunos pensadores (los franceses Claude-Henri de Saint-Simon [1760-1825], François Marie Charles Fourier [1772-1837] y Étienne Cabet [1788-1856], los ingleses William Godwin [1756-1836] y Robert Owen [1771-1859], el alemán Wilhelm Weitling [1808-1871] que, si bien emitían una crítica generalmente acertada del orden social de su tiempo y eran conscientes de que la felicidad de los hombres no se podía alcanzar en una sociedad en la que imperaba una implacable lucha de competencia, fueron llamados posteriormente *socialistas utópicos* por ser partidarios de la colaboración de clases, pues, por una parte, “no concedían a la lucha de clases sino una importancia secundaria, o, más bien, no creían en ella. Se daban perfecta cuenta de que varias categorías sociales estaban presentes (el Babuvismo lo había proclamado en términos precisos) pero no se imaginaban que el proletariado y la burguesía debieran ser, necesariamente, fuerzas antagónicas. Suponían, por el contrario, que estas fuerzas podrían unirse para barrer con los nuevos privilegios o con lo que quedaba de los antiguos, y para preparar una sociedad de fraternidad y de justicia.” (Paul Louis, *Ideas esenciales del Socialismo*), y, por otra parte, creían que esa “sociedad de fraternidad y de justicia” se podría alcanzar propagando la “verdad” entre todos los hombres, y haciendo un llamado a la generosidad de ricos filántropos para establecer colonias-modelos organizadas según las reglas “harmónicas” que ellos propugnaban.

Desde luego, varios intentos de colonias “comunistas”, de islas de socialismo en el mar del capitalismo, fueron llevados a cabo a lo largo del siglo XIX en Europa, pero, sobre todo, en América del Norte, aunque también se realizaron algunas experiencias en América del Sur. Los propios Cabet, Owen y Weitling establecieron colonias en Estados Unidos... pero, tarde o temprano, todos fracasaron, pues, por una parte, decidieron mantenerse tercamente fieles a sus proyectos originales, fomentando peleas sobre los más nimios detalles, y, por otra parte, la “experiencia demuestra que allí donde los socialistas han fundado colonias comunistas basadas sobre la producción de los artesanos y de los labradores, la necesidad irresistible de llegar a la propiedad privada de los medios de producción prevalecía, tarde ó temprano, sobre el entusiasmo socialista que había creado la colonia, cuando influencias externas no contribuían a estrechar los lazos de la asociación comunista, por ejemplo, la vida de los colonos en medio de un pueblo hostil, de lengua y religión diferentes.” (Carlos Kautsky, *La doctrina socialista -Réplica al libro de Ed. Bernstein-*).

Hoy en día, se considera generalmente que una utopía es un sueño ilusorio que no toma en cuenta las presiones de la realidad. Para los que se niegan a ver más allá de sus narices, o para los que tienen un interés en la conservación del orden social actual, cualquier proyecto susceptible de cuestionar la posición social, los privilegios y los intereses económicos de la minoría capitalista, sólo puede ser obra de soñadores, simpáticos en el mejor de los casos o terroristas en el peor. No cabe duda de que es así cómo fueron considerados los que, antes de la toma de la Bastilla o del derrocamiento del último zar, querían acabar con la servidumbre, los privilegios feudales y la influencia de la religión. El “peligroso” Tomás Moro, recordémoslo, fue decapitado en 1535 por Enrique VIII.

Los comunistas son de esa clase de utopistas. Conscientes de que en todo deseo de cambio hay una parte de utopía, y convencidos de que el capitalismo no tiene por qué ser más “eterno” que el feudalismo o que las sociedades esclavistas antiguas, su utopía es el motor de su actividad, como lo fue de los revolucionarios

burgueses del siglo XVIII. Es la cristalización de su sueño en un futuro mejor que -así lo esperan- algún día se convertirá en realidad.

Pero, para que un día ese sueño se realice, para que el capitalismo deje de ser considerado como “el fin de la historia” y que el socialismo pierda su carácter utópico, dos condiciones son necesarias: 1) un desarrollo suficiente de las fuerzas de producción, que permita, en el momento del advenimiento de la nueva sociedad, no la repartición de la miseria sino la satisfacción de las necesidades de la población; y 2) una clase social mayoritaria, consciente de su interés, enterada de su situación de subordinación a los intereses económicos y a las imposiciones de una minoría dominante, y deseosa de acabar con ellas.

Evidentemente, la primera de esas condiciones está ya realizada. Los progresos gigantescos realizados por el capitalismo mismo, el uso de máquinas cada vez más eficientes, la “revolución” informática, etc. son algunas de tantas pruebas de que los medios están ahí para erradicar los problemas que, hace algunas décadas apenas, nos parecían aún insuperables. Así, el hambre en el tercer mundo o la escasez de viviendas en los países ricos, por ejemplo, no son la consecuencia de cualquier atraso técnico o el efecto de un supuesto excedente de población, sino de la lógica del provecho, inherente al sistema capitalista. Los informes anuales de la Organización para la alimentación y la agricultura (OAA/FAO) de las Naciones Unidas nos recuerdan con regularidad que la producción alimentaria mundial actual es ya de sobra suficiente para satisfacer la demanda mundial. En realidad, el hambre es la consecuencia de la pobreza: millones de personas mueren de hambre cada año porque no tienen los medios de comprar una comida que, por otra parte, es destruida en los países ricos para mantener la tasa de beneficio de las empresas productoras.

Lo que impide la realización del socialismo es simplemente el hecho de que la segunda condición está sólo parcialmente cumplida. Los asalariados y sus familias forman la inmensa mayoría de la población. Son efectivamente ellos los que llevan a cabo todas las tareas necesarias al buen funcionamiento de la sociedad, fabricando, reparando, administrando, transportando y distribuyendo todos los bienes y servicios que necesitamos. Pero, permanentemente dispuestos desde su más tierna edad por la escuela, los medios de comunicación de masa, la familia, etc., viven con la idea de que el mundo actual es “natural” y “perenne”.

Sin embargo, el día en que los trabajadores asalariados tomen conciencia de sus intereses comunes y de las posibilidades que se ofrecen a ellos si pusieran término a las divisiones artificiales y a la atomización que los debilita (y fortalece a sus amos), el día que comprendan la necesidad de abolir un sistema - el capitalismo - que, por definición, sólo puede funcionar en beneficio de los capitalistas, ese sistema perderá su carácter “eterno” y el socialismo su aspecto utópico.

A pesar del sinfín de problemas creados por el capitalismo, ese día aún no ha llegado. Pero el fracaso de todas las reformas intentadas para “humanizar” este sistema nos induce a pensar que el utopista no es el que, conciente de ese fracaso, desea instaurar un tipo de sociedad que aún no existe (el capitalismo, después de todo, no siempre ha existido), sino el que sueña con hacer funcionar en el interés general un sistema que, por su organización misma (apropiación por la minoría capitalista de los medios de existencia de la sociedad, producción de las riquezas sociales en el provecho exclusivo de esa minoría poseedora, defensa de esa propiedad por la ley y la fuerza del Estado), sólo puede funcionar en el interés de esa minoría.

El despotismo empresarial, el desempleo para unos, la precariedad y el chantaje al paro para otros, el estrés y la inseguridad en los países ricos, las guerras y el hambre en los demás, no son males que se puedan resolver escogiendo a los dirigentes políticos “apropiados” o votando la ley “adecuada”. No hay gobiernos o leyes capaces de acabar con el paro, la pobreza, la desigualdad, la delincuencia, el hambre o la guerra, pues estos problemas existen desde que el capitalismo existe y nunca han encontrado solución, son males inherentes a este sistema.

Los comunistas parten de la observación de las lacras de la sociedad actual, del análisis de sus características y de las causas de sus disfunciones para, conscientes de la imposibilidad práctica de terminar con ellos en el marco del sistema capitalista, proponer otro tipo de organización económica y social. Ese proyecto de sociedad no es una utopía en el sentido que lo sería un modelo preconcebido o un puzzle en el que cada pieza tendría un lugar predeterminado. Esto sería contrario a la naturaleza del socialismo. Ese proyecto es una utopía en la medida en que jamás ha existido (tanto como la democracia lo fue para los revolucionarios burgueses del siglo XVIII), pero es una utopía que deseamos establecer a partir de las posibilidades que nos ofrece la sociedad actual. Es un sueño que una minoría, por interés, y una mayoría, por ignorancia, nos impiden realizar... pero que un día, porque obramos contra esa ignorancia, pero, sobre todo, porque esa utopía es la única solución a los problemas de la sociedad actual, todos juntos instauraremos.

Capitalismo: el mundo en el que vivimos...

¿El mejor de los mundos posibles?

En todos los países del mundo, una pequeña minoría privilegiada se permite el lujo de vivir sin trabajar gracias a los ingresos que percibe de un capital invertido en la economía. La gran mayoría está en la obligación de trabajar para vivir... o, en el caso de muchos, para sobrevivir. Pues, en cualquier país del mundo, ¿cuántos están sin trabajo? ¿cuántos no tienen ni para alquilar una vivienda decente? Y no hablemos de los países en los que hasta los niños tienen que trabajar para seguir adelante... ¿cuántos no se mueren de hambre!

¿Situaciones extremas? Pero no aisladas, y que demuestran, en todo caso, una enorme disparidad entre una minoría parásita y la mayoría trabajadora. Sin embargo, a pesar de esta realidad de sobra conocida, pocos se percatan de la relación que existe entre la riqueza de unos pocos y la pobreza de muchos otros. Pero, si unos cuantos se llevan la mayor parte del pastel, ¿no queda menos para los demás?

Abrir los ojos

La cantidad, la gravedad y la extensión de los problemas que padece la humanidad, así como la incapacidad crónica de todos los gobiernos para solucionarlos, pueden inducirnos a pensar que su solución está fuera de alcance y que, por lo tanto, no se puede hacer nada contra ese estado de cosas. ¡Y tendríamos razón! Pues es verdad que no hay solución a los problemas sociales... en el marco del sistema capitalista, que es quien los genera.

Por su parte, por más que los beneficiarios y partidarios de este sistema intenten hacernos creer - a partir del fracaso de los experimentos “socialistas” y de razonamientos eternamente contradichos por la realidad - que vivimos en el “mejor de los mundos”, el hecho es que el sistema capitalista jamás ha sido capaz de proporcionar bienestar y tranquilidad a la humanidad.

La crítica del sistema capitalista - su organización, sus características, sus problemas - es una de las bases de la doctrina socialista. Uno de los primeros en indignarse contra los males producidos por la revolución industrial fue el economista suizo Charles Léonard Sismonde de Sismondi (1773-1812), consternado por los efectos de la naciente industria capitalista sobre las condiciones de vida de una nueva categoría social, el “proletariado”, es decir, los “hombres que no tienen propiedad”. Sismondi, que no era socialista, se alzó contra la doctrina del *laissez-faire* predicada por Adam Smith y los economistas liberales. Tras sus huellas, y a menudo inspirados por él, siguieron numerosos otros críticos de la nueva sociedad, entre los cuales destacó Karl Marx.

La propiedad privada: fuente de todos los males

El carácter recurrente, pero también planetario, de los problemas sociales pone de manifiesto el hecho de que forman parte integrante del sistema social que existe en todo el mundo - el capitalismo - y que, por esa razón es imposible, y por lo tanto inútil, intentar encontrarles una solución en el marco de este sistema. En efecto, la base del sistema capitalista es el monopolio ejercido por una capa muy minoritaria de la población (los poseedores de capitales o *clase capitalista*) sobre los recursos naturales del planeta así como sobre los medios de producción y de distribución de las riquezas sociales, es decir sobre los medios de existencia de la sociedad.

Ese monopolio puede ejercerse de distintas formas: bien directamente por unos individuos, bien indirectamente por asociaciones de individuos en el marco de sociedades anónimas (gracias a la posesión de títulos de propiedad), o a través del Estado (en virtud del control ejercido por esa minoría sobre las instituciones estatales, como en el caso de la Unión Soviética o de la China actual). Hablamos en ese caso de *capitalismo de Estado* (el monopolio del poder político y económico ejercido por la burocracia dirigente hace, en este caso, superflua la posesión de títulos de propiedad).

Consecuencias de la propiedad privada

Esa apropiación de los medios de existencia de la sociedad por una pequeña minoría tiene como consecuencias: 1) en el plano económico: la producción de bienes y servicios cuyo objeto es la venta en el mercado a fin de realizar un provecho monetario, y no la satisfacción de las necesidades individuales y colectivas de la población, o, dicho de otro modo, la satisfacción de las únicas necesidades rentables (es esta constante búsqueda del provecho la que explica por qué se llega a producir comida que puede llegar a ser peligrosa para la salud; por qué los laboratorios farmacéuticos no investigan enfermedades tales como el paludismo, cuyo mercado - el tercer mundo, en este caso - no es “solvente”; por qué muchas personas duermen en la calle al pie de viviendas vacías; por qué se destruyen cada año en los países desarrollados toneladas de comida mientras que, en los países pobres, millones de seres humanos mueren de hambre, etc.); y 2) en el plano social: la división de la sociedad en dos clases sociales principales con intereses económicos antagónicos, por un lado, la *clase capitalista*, que posee y/o controla los medios de producción y, por otro, la *clase trabajadora* - la inmensa mayoría de la población -, dueña de sus capacidades intelectuales y físicas (*su fuerza de trabajo*) y obligada a trabajar para la primera a cambio de un salario.

Por consiguiente, en el sistema capitalista, las riquezas son producidas por los asalariados, desposeídos de los medios de producción, para ser vendidas con el fin de realizar un provecho destinado a los que no trabajan - los capitalistas - en virtud del derecho de propiedad de estos últimos sobre los medios de producción. En otros términos, una minoría privilegiada vive sin trabajar y se enriquece a costa del trabajo de la mayoría asalariada. Resulta de esta división de la sociedad en clases antagónicas una *lucha de clases* inevitable por una parte más importante de las riquezas producidas (unos salarios más altos para unos, unos beneficios más importantes para otros), una lucha de clases que durará lo que dure el capitalismo, responsable de esa división social.

Reformismo: ¿"humanizar" el capitalismo?

Orígenes del reformismo

Desde hace más de dos siglos, los revolucionarios denuncian la propiedad privada capitalista como la razón por la cual, al dividir el sistema capitalista en dos clases sociales cuyos intereses económicos son antagónicos, dicho sistema no puede ser reformado en el interés de la mayoría de la población. Desde luego, ¿cómo se puede reformar la propiedad privada en el interés general? Sin embargo, a pesar de esta evidencia, algunos socialistas, cada vez más numerosos, en el siglo XIX van a intentar satisfacer dos aspiraciones entonces ampliamente difundidas en la clase trabajadora: 1) instaurar “gradualmente”, por reformas sucesivas, el socialismo; y 2) “mientras tanto”, mejorar “inmediatamente” la suerte de los trabajadores (que, a decir verdad, tienen mucha necesidad de ello) a través de la legislación apropiada.

Los reformistas, considerando al socialismo como un objetivo a largo plazo (y lo que queda, mientras los asalariados “accepten”, o al menos toleren, el capitalismo), estimaban que las deplorables condiciones de vida y de trabajo de la clase obrera de la época (jornadas de trabajo interminables y agotadoras, protección social inexistente, viviendas inadaptadas e insalubres, etc.) justificaban la toma de medidas inmediatas destinadas a atenuar esos problemas.

Esa actitud era comprensible, pues respondía al deseo legítimo y sincero de “hacer algo ahora” a fin de aliviar los sufrimientos de las víctimas del sistema capitalista. Era también el reflejo de la inexperiencia de los obreros y de sus representantes, en una época en que el poder político era monopolizado por una burguesía indiferente a esos problemas (aun cuando ciertos gobiernos conservadores - el de Bismarck en Alemania, por ejemplo -, ansiosos de protegerse contra los avances de las ideas socialistas y, de ese modo, alejar el fantasma de la revolución social, habían entendido lo beneficioso que resultaba introducir medidas favorables a los trabajadores).

Pero, por comprensible y estimable que fuera la posición de los reformistas, ésta desembocó inevitablemente en un callejón sin salida. Pues las reformas, al ser disposiciones legales que deben ser votadas en el Parlamento, requieren unos partidos políticos reformistas cuya actividad queda orientada hacia el logro

de esas medidas... en detrimento de la actividad a favor del establecimiento del socialismo que, postergado, acabará por desaparecer completamente del horizonte de esos partidos reformistas.

Balance del reformismo

El establecimiento “gradual” del socialismo es, evidentemente, un rotundo fracaso. Pues ha habido gobiernos “socialistas” en la casi totalidad de los países capitalistas (con la notable excepción de los Estados Unidos) a lo largo del siglo XX sin que la sociedad se haya acercado un ápice al socialismo. La razón es que existe una diferencia abismal de naturaleza entre el capitalismo y el socialismo: el primero está basado en la propiedad privada, el segundo en la propiedad social. Puesto que las reformas no tocan jamás la institución de la propiedad privada, el capitalismo no puede ser reformado - transformado - progresivamente en socialismo. El primero *debe ser sustituido* por el segundo.

Pero no sólo está el capitalismo vivo y coleando, sino que además sale fortalecido por la capitulación de los reformistas, ya que, al acabar aceptando el capitalismo, han abandonado la perspectiva socialista que se fijaron en un principio. En efecto, hoy en día ¿qué partido “socialista”, o que miembro o simpatizante, cuestiona la existencia de la propiedad privada de los medios de existencia de la sociedad, los privilegios de la minoría dominante y la lógica del provecho individual? ¿Cuál de ellos piensa seriamente en el establecimiento del socialismo como única solución factible y duradera a los problemas de la sociedad actual?

En cuanto a la mejora “inmediata” de la suerte de los trabajadores asalariados, ésta fue, es verdad, con el “Estado Providencia”, uno de los grandes logros del reformismo. La Seguridad Social, las pensiones de jubilación o de desempleo, las vacaciones pagadas, etc., son reformas que han mejorado en gran medida la situación de los trabajadores... aunque cabe señalar que la Seguridad Social fue introducida en varios países europeos después de la Segunda Guerra Mundial, no por gobiernos “socialistas”, sino por gobiernos capitalistas (como el del general de Gaulle en Francia), que querían de ese modo contrarrestar la influencia del comunismo y el peligro que representaba la Unión Soviética.

Pero los avances de la primera mitad del siglo XX forman ya parte de una época pasada. Desde la crisis mundial de los años 1970, que puso brutalmente fin a la prosperidad económica de posguerra, ninguna mejora significativa, en ningún área importante para los trabajadores y sus familias (salud, protección social, vivienda, educación, etc.), ha sido introducida. Peor aún, desde esa época, las conquistas sociales de la clase trabajadora - sus “privilegios” - no han dejado de ser blanco de los gobiernos más variopintos.

Si algunas reformas pudieron mejorar las condiciones de vida de los asalariados y de sus familias, ninguna pudo solucionar de forma definitiva sus problemas, pues dejaban intacta la propiedad privada capitalista y, por lo tanto, la influencia política y el poder económico de la minoría poseedora. El periodo de treinta años de prosperidad de posguerra (que tampoco fueron prósperos para todos) es un paréntesis definitivamente cerrado. La burguesía está ahora en posición de fuerza, y la aprovecha para arremeter contra las conquistas sociales de la clase trabajadora... con el fin, claro está, de preservar la competitividad de “nuestras” empresas.

¿Utopía reformista o perspectiva socialista?

Después de un (demasiado largo) siglo de reformismo, algunas constataciones se imponen:

1º No son los partidos “socialistas” y laboristas los que han cambiado -“humanizado”- gradualmente el capitalismo, sino este último el que, poco a poco, ha cambiado y deshumanizado los partidos reformistas. El compromiso inicial de esos partidos (aunque sólo fuera verbal) a favor del socialismo ha dejado lugar al simple electoralismo, a la incesante (pero jamás satisfecha) búsqueda de reformas, para acabar abandonándolas y adoptando una gestión gubernamental hartamente difícil de distinguir de la de sus “adversarios” abiertamente partidarios del capitalismo.

2º Evidentemente, ninguno de los problemas (pobreza, desigualdad, desempleo, precariedad, falta de viviendas, etc.), cuya solución era a principios del siglo XX “posible” y “realista”, y para los cuales siempre ha sido necesario hacer algo “ahora”, ha sido solucionado... probando de esta forma la incapacidad crónica de todos los gobiernos, tanto de izquierdas como de derechas, ya sean “socialistas”, laboristas, conservadores, demócratas, republicanos, etc. Después de tantos intentos, si existieran medidas susceptibles de acabar con esos problemas en el marco del capitalismo, ¿por qué ningún gobierno las ha realizado, asegurándose de ese modo la victoria en las elecciones siguientes?

3º La respuesta es que la única medida que podría acabar con esos problemas acabaría a la vez con la propiedad privada de los medios de producción y, por lo tanto, con la posición de subordinación de los asalariados a los intereses de la clase dominante. ¿Qué gobierno capitalista va a tomar tal decisión?

El hecho es que tratar de reformar el capitalismo en el interés “general”, eso es *lo utópico*, pues es ir en contra de la *naturaleza* de un sistema que sólo puede funcionar en el interés de los capitalistas. En el capitalismo, siempre ha habido - y siempre habrá - problemas que *no pueden* esperar soluciones a largo plazo. Pero negarse a considerar *el* socialismo como la única solución realista, global, inmediata y definitiva a esos problemas, es condenarse no sólo a perpetuarlos sino también a verlos empeorar.

Socialismo: el mundo en el que podríamos vivir

El socialismo a pesar de todo

A finales del siglo XIX y a principios del XX, el término *socialismo* gozaba de un gran poder de seducción. La mayoría de los partidos preocupados por “la cuestión social”, la mejora de la condición de los trabajadores y la instauración de una sociedad “mejor”, se llamaban a sí mismos *socialistas* o *social-demócratas*.

Esa popularidad del socialismo le valió ser recuperado hasta por corrientes que se oponían a él, para atraerse las simpatías de la población. Así, cuando Hitler emprendió la aventura que lo iba a llevar al poder, el partido que fundó, no lo llamó *nacional-capitalista* (en cuyo caso se hubiera condenado a un fracaso irremediable) sino *nacionalsocialista* (a propósito, ¿qué partido capitalista se llama *Partido capitalista* abiertamente?). Después de la guerra, el programa de nacionalizaciones llevado a cabo por el gobierno laborista británico fue calificado de socialista. La fuerza de atracción del socialismo era tal en aquel entonces que, en ese país, cuando los conservadores ganaron las elecciones nacionales de 1951, se comprometieron a no derogar esas nacionalizaciones (identificadas, de manera errónea, con el socialismo). Lo que les valió un editorial del *Manchester Guardian* titulado *Tory Socialism* (es decir, *Socialismo Conservador*).

Hoy en día las cosas han cambiado, y mucho... para beneficio del capitalismo y satisfacción de sus beneficiarios. Pues los errores cometidos en los países “socialistas”, así como los compromisos, las traiciones y la corrupción de los gobiernos y partidos “socialistas” se encargaron eficazmente de eso. Hasta tal punto es así que el término *socialismo* es ahora indisoluble del SPD alemán, del PS francés o del PSOE español. En el transcurso de los años, ese término ha sido deformado, desvirtuado, mancillado, desprestigiado, oprobado, usado por las organizaciones más variopintas, gobiernos “socialistas” que en nada se distinguen de sus homólogos capitalistas.

Por su lado, los gobiernos capitalistas, demasiado contentos de enseñarnos la “suerte” que teníamos de vivir de este lado del *telón* de acero, aprovechaban cualquier oportunidad para denunciar los errores cometidos en los países “socialistas”. De esa forma, gracias a los potentes medios, esa propaganda machacona ha impregnado la conciencia de la mayoría trabajadora.

A pesar de ello, porque somos los herederos de una larga tradición de socialistas, adictos a la causa socialista y valientes (muchos de ellos pagaron con su vida su oposición a los gobiernos capitalistas y a sus acólitos), pero también, porque cambiar de nombre, adaptar el vocabulario cada vez que los adversarios del socialismo y la propaganda oficial se ensañan en desvirtuarlo, es capitular y exponer cada nuevo término escogido por los comunistas a nuevos intentos de denigración, quedamos apegados al uso del término *socialismo*, aunque otras palabras y expresiones sean igual de válidas: *comunismo*, *democracia social*, *república social*, etc.

¿Qué es el socialismo?

El socialismo no tiene nada que ver ni con los países ni con los gobiernos que se autoproclaman (o que se proclamaban) socialistas. Un régimen en el que el patrón privado ha sido sustituido por el Estado-patrón no es socialismo, sino una forma particular de capitalismo: el *capitalismo de Estado*. En cuanto a la gestión supuestamente más “humana” del capitalismo, propugnada por partidos tales como el PS francés, el PSOE

español o el SPD alemán, ¿en qué se diferencia de la de los gobiernos de derechas? ¿Qué problemas han resuelto esos partidos reformistas? ¿Qué “humanismo” ha insuflado el reformismo en el capitalismo?

Entonces, si el socialismo no tiene nada que ver con los países o con los gobiernos “socialistas”, ¿en qué consiste? Claro está que es imposible dar un plan detallado preestablecido del socialismo. Pues el hecho es que, por una parte, el socialismo depende del estado de desarrollo en el que esté el capitalismo en el momento del establecimiento de la nueva sociedad, y por otra, las decisiones adecuadas serán tomadas a medida que se tengan que resolver las situaciones encontradas. Por eso, un plan de sociedad predeterminado sería contrario al carácter del socialismo.

Sin embargo, si comparamos el proyecto de sociedad socialista con el capitalismo, algunas líneas generales pueden ser trazadas:

1. El capitalismo está basado en la apropiación, por una pequeña minoría de la población, de los medios de existencia de la sociedad. Para permitir su administración democrática (por la sociedad entera) y la organización de la producción en el interés general, es imprescindible que la sociedad misma sea dueña de esos medios.

2. El capitalismo es un sistema mundial. Al ser éste y el socialismo mutuamente excluyentes e incompatibles, esos dos sistemas no pueden cohabitar. Por lo tanto, la socialización de los medios de producción debe efectuarse a escala mundial. Además, al tener muchos problemas (crisis económicas, pobreza, desempleo, hambre, problemas medio-ambientales) un carácter global, su única solución - el socialismo - sólo puede ser global.

3. El capitalismo es una sociedad dividida en clases sociales opuestas: por un lado, los que poseen los medios de producción - la clase capitalista - y no necesitan trabajar para vivir; por otro, los que no poseen ninguna propiedad productiva - la clase trabajadora -, y deben trabajar para los primeros para satisfacer sus necesidades. El socialismo, al eliminar la propiedad privada de los medios de existencia, suprime al mismo tiempo la desigualdad social y da origen a una sociedad sin clases.

4. En el capitalismo, los bienes y servicios son producidos para el mercado solvente con el fin de generar un provecho destinado a la minoría poseedora. En el socialismo, serán producidos en respuesta a las necesidades expresadas por la población.

5. En el capitalismo, la satisfacción de nuestras necesidades es limitada por la cantidad de dinero de que disponemos. En el socialismo, el acceso a las riquezas producidas será libre y gratuito puesto que, con la supresión de la propiedad privada productiva, desaparece la necesidad del dinero. En efecto, al volverse las riquezas producidas propiedad común de la humanidad, ¿cómo y a quién compraríamos bienes y servicios que nos pertenecen?

6. En el capitalismo, cada empresa es gestionada de manera autoritaria y egoísta para el provecho de sus dueños y accionistas. En el socialismo, al ser los medios de producción y los recursos naturales propiedad colectiva de la sociedad, los miembros de ésta podrán establecer una administración democrática que asegure la articulación y la coordinación entre las distintas unidades de producción y los centros de distribución. Liberada de la traba de la propiedad privada, la sociedad sustituirá la democracia política limitada actual por la democracia social.

La idea de una sociedad basada en la propiedad común de los medios de existencia tiene una larga historia. Es hora de reorganizar sobre esta base la economía y la sociedad, de utilizar las prodigiosas capacidades productivas del mundo actual para asegurar la satisfacción de las necesidades humanas. Es el momento del socialismo.

La transformación socialista de la sociedad

Un cambio radical

Pobreza, desempleo, falta de viviendas, hambre, guerras... a pesar de la infinidad de gobiernos variopintos que se han sucedido en el mundo a lo largo del siglo XX y XXI, ni uno de los problemas a los que se enfrentaba la humanidad hace más de un siglo ha sido resuelto... sin hablar de los que han aparecido o empeorado desde entonces: mareas negras, desertificación, contaminación, cambio climático, vacas locas, nuevas enfermedades, etc. La razón de ello es que, mientras una minoría controle los recursos productivos del

planeta, las riquezas serán producidas para el provecho exclusivo de esa minoría poseedora sin tomar en cuenta los problemas creados.

Para poner término a esta situación, los comunistas se fijan como objetivo, único e inmediato, la transformación radical - revolucionaria - de las bases de la sociedad, que consiste en transferir los medios de producción y de distribución de las riquezas sociales de manos de la minoría capitalista al conjunto de la sociedad. El control de la colectividad sobre esos medios permitirá reorganizarlos de forma que puedan ser administrados, no ya en el interés egoísta de la minoría parásita, sino en el del conjunto de la humanidad.

Un cambio revolucionario

“Si la mayoría de los trabajadores pudieran alcanzar de manera espontánea la conciencia revolucionaria, y si esta conciencia los llevara a actuar de manera unificada para derribar al sistema, en varios sentidos no serían necesarias las organizaciones revolucionarias. Pero la realidad dista de tener estas características. Existen discontinuidades espaciales y temporales entre las luchas. La clase trabajadora presenta desigualdades de conciencia y de experiencia que solo pueden ser combinadas en favor de un avance general por una organización que núcle a aquellos que ya hoy se proponen derribar el capitalismo. Para que la misma sea una organización verdaderamente revolucionaria debe surgir y existir dentro de la clase trabajadora. De las luchas diarias emergen minorías activas de trabajadores, convencidos de la necesidad de derribar al sistema, y de que solamente la acción directa y masiva de la clase obrera puede lograrlo. Su tarea es extender estas ideas en medio de las luchas, e intentar ganar para ellas a la mayoría de los trabajadores. Se trata de formar una organización separada, en condiciones de unirse a cada lucha que estalle, con el fin de hacer avanzar a todo el movimiento” (Lukacs).

Todos hemos sido educados en la sociedad existente y habitualmente la mayoría no imagina que sea posible otro tipo de sociedad. Las ideas dominantes en la sociedad son las ideas de la clase dominante y el sentido común de toda sociedad las da por supuestas. El punto es que las luchas por mejoras y reformas dentro del sistema, preparan las condiciones para desafiar al sistema en su conjunto. De lo anterior se deduce que las luchas diarias por mejoras dentro del sistema tienen una importancia clave. El reformismo es la primera reacción de cualquier sector oprimido cuando empieza a movilizarse para enfrentar sus problemas.

Para que esto ocurra, la interacción entre partido y clase es crucial. Un verdadero partido revolucionario debe aprender de las luchas concretas, y generalizar las lecciones aprendidas entre toda la clase trabajadora. El partido revolucionario aprende de las luchas del conjunto de la clase trabajadora, y este es el medio para que cada sector de la clase aprenda de las mejores experiencias de lucha.

Para lograr pasar de la protesta a la revolución, son necesarias una teoría coherente y una organización adecuada. Proveer ambas cosas es tarea de la organización socialista revolucionaria. Cuando grandes luchas estallan, la conciencia de la gente cambia con rapidez. La clase dominante pone a funcionar su maquinaria de propaganda, denunciando e intentando dividir a quienes están luchando. La gente necesita una organización revolucionaria capaz de hablar sobre las luchas pasadas, el poder de los trabajadores y la posibilidad del socialismo. Y capaz también de clarificar las ideas y unificar el accionar de los trabajadores.

La organización revolucionaria se construye en la interacción entre las ideas socialistas y la lucha de clases. Solamente en medio de huelgas, manifestaciones y campañas, debatiendo y evaluando las estrategias y tácticas utilizadas, se desarrolla la conciencia, confianza y experiencia suficientes para tomar el poder y cambiar el mundo. Esto no salva al partido de cometer graves errores, pero le permite estar mejor preparado para actuar en cualquier situación. La otra mitad de la construcción se basa en desarrollar la centralidad democrática necesaria para hacer efectivo el accionar de la organización.

El partido revolucionario necesita ser democrático. Esto exige estar en contacto siempre con sus afiliados, en los lugares donde ocurre la lucha de clases, y no solamente tener un buen sistema de elección de direcciones. Necesita además ser sumamente centralizado. Esta es la condición para darle unidad teórica y práctica al mismo, a sus posiciones sobre la realidad y las luchas, a su intervención política y a su dinámica organizativa. Adecuando el equilibrio entre centralismo y democracia según las circunstancias que atraviese, y administrando el debate interno de manera que cuente siempre con el control y la crítica necesaria.

La organización socialista revolucionaria presenta de manera similar a como lo vimos en la clase trabajadora, desigualdades de conciencia y experiencia que requieren ser combinadas para permitirle un avance general. Necesita identificar qué miembros son los mejores para impulsar al conjunto del partido y de la clase hacia adelante, hacer el lento trabajo de forjar una dirección que, en medio de una situación

revolucionaria, pueda tomar las mejores decisiones para llevar a los trabajadores al poder, sin proponerse nunca sustituir a la clase obrera. El partido debe tomar parte en la lucha, buscando ganar a la mayoría para sus ideas.

El poder de los trabajadores

Una de las ideas básicas que defendemos, es que los únicos que tienen el poder para cambiar el mundo son los trabajadores. La razón es simple: producimos y hacemos funcionar casi todo en esta sociedad. De ahí que también podamos paralizarlo, y más aún, podamos hacerlo funcionar con fines bien distintos al beneficio y el privilegio de unos pocos, como ocurre hoy en día. Pero para que esto pueda darse es necesario que tomemos control colectivamente sobre fábricas, tierras, almacenes, medios de masas, escuelas, hospitales y todo lo demás. Para nosotros el poder de los trabajadores es algo a concretar en forma directa y efectiva, en cada lugar de trabajo, de estudio, barrio y ciudad, o no será el poder de los trabajadores.

Este poder se construye en medio de las luchas, hasta crearse una situación en que surge un verdadero doble poder en la sociedad, entre el aparato estatal y las organizaciones de los trabajadores. El asunto se vuelve de vida o muerte para quienes gobiernan y para la gente, como demuestran las experiencias históricas. Otro aspecto que creemos central al considerar la toma del poder por parte de los trabajadores, es que la misma no consiste en tomar control del Estado, sino en destruir el Estado burgués y comenzar a construir un Estado nuevo. Gobierno, parlamento, ejército, policía y demás, no pueden ser reformados.

Alcanzado el poder por parte de los trabajadores, inmediatamente será necesario organizarlo y defenderlo. Al día siguiente de haber derrocado a quienes mandan, será necesario producir y distribuir alimentos, hacer funcionar el transporte y los hospitales, y así con todo. Al mismo tiempo, habrá que defender el poder de quienes hasta ayer lo ejercían, y también del imperialismo, puesto que quienes mandan a escala global querrán volver las cosas al estado anterior. Para esto, el Estado de los trabajadores deberá ser necesariamente una organización centralizada, para ejercer su autoridad sobre el conjunto de la sociedad.

De tomar el poder político, será necesario pasar a tomar el poder en la economía, iniciando el camino al socialismo. Será necesaria la nacionalización de las tierras y de los bancos, de las grandes empresas industriales y comerciales, y de los demás motores estratégicos de la economía. Y luego -lentamente- de lo demás. Se trata de combinar la acción desde abajo, estableciendo el control obrero sobre la economía, con la acción desde arriba dando legalidad a dicho control obrero. La suerte de la revolución donde haya triunfado y la concreción del socialismo, dependerán entonces del logro del poder de los trabajadores a escala global.

Un cambio consciente

A pesar del hecho de que los asalariados representan la inmensa mayoría de la población, soportan la dominación de la minoría capitalista. De hecho, en los países “democráticos”, es el apoyo masivo de los asalariados a los partidos pro-capitalistas, expresado a través del sufragio universal, que le da a esa minoría su legitimidad. Esta última manda porque la mayoría acepta obedecerles. En otros términos, es porque los asalariados aceptan un sistema social - el capitalismo - que, por definición, sólo puede funcionar en interés de los capitalistas, que son responsables de la perpetuación de ese sistema... y de sus problemas.

¿Por qué esta aparente contradicción entre la fuerza de la pequeña minoría poseedora y la debilidad de la aplastante mayoría trabajadora? La razón es que, desde nuestra más tierna infancia, absorbemos de forma permanente y nos impregnamos de las ideas difundidas por las instituciones más diversas: familia (que cae bajo las mismas influencias y las difunde a su vez), escuela (que desarrolla el sentimiento nacionalista a través de la enseñanza de la Historia), Religión (cuya prédica, hecha de sumisión, docilidad y resignación, favorece la aceptación del orden social existente) y, sobre todo, medios de comunicación (cuyo monopolio le da a la clase capitalista un inmenso poder de propaganda, adoctrinamiento y persuasión).

Este monopolio de la clase poseedora sobre los medios de (des)información permite a los capitalistas controlar, orientar, censurar, etc. el contenido de la información que se puede (o no) difundir (en la prensa capitalista, por ejemplo, el capitalismo mismo ni siquiera es mencionado; se lo supone tan “natural” como el aire que respiramos), de fijar los límites a los debates públicos y de privilegiar las ideas que legitiman la existencia del sistema actual. De esa forma, en el mejor de los casos, se mantiene a la población en la ignorancia de una alternativa - el socialismo - o, en el peor, se asimila a este último a regímenes dictatoriales.

De modo que, en la vida diaria, la simple mención de una alternativa basada sobre la propiedad social de los medios de producción - y de la consecuente desaparición de las características del capitalismo que van asociadas a la propiedad privada (clase capitalista, dinero, compra-venta, etc.) - a un público que ignora esos conceptos encuentra sobre todo asombro, indiferencia o incomprensión. Los medios de comunicación nos invitan así a “aceptar” el mundo tal como es “si bien, conceden a veces, no es perfecto”. El adoctrinamiento ideológico de que somos víctimas los asalariados es pues la razón por la que muchos aguantan una vida hecha de precariedad, inseguridad, incertidumbre, estrés, desempleo, etc.

A pesar de ello, la existencia de comunistas es la prueba de que unos asalariados pueden escapar a ese adoctrinamiento, que pueden ver la sociedad tal como es y no tal como nuestros dueños - y sus ideólogos - quieren que la veamos. Los esclavos antiguos y los siervos feudales pensaban, no cabe duda, que el mundo era inmutable, y que estaban condenados a padecer el yugo de sus dueños y señores... así como lo piensan los trabajadores asalariados de hoy. Pero, ¿por qué debería el sistema actual ser más “eterno” que los que lo precedieron?

Convertirse al socialismo, pues, no es una tarea imposible. Al contrario, significa simplemente: **comprender** la verdadera naturaleza de un sistema basado en la apropiación, por parte de una minoría privilegiada de los medios de existencia de la sociedad, y la organización, lógica e inevitable, de la producción en el interés exclusivo de esa minoría; **comprender** que nuestros problemas no son catástrofes naturales, como los terremotos, sino problemas sociales creados por un sistema social - el capitalismo - que unos hombres establecieron y que otros pueden derrocar; **comprender** que ninguna reforma combate la propiedad privada de los medios de producción y que, por lo tanto, la sociedad actual, por estar basada sobre la propiedad privada de los medios de existencia, *no puede ser* reformada, “humanizada” o administrada en el interés general; **comprender** que los trabajadores del planeta, a pesar de las diferencias de nacionalidad, de cultura, de actividad o de salario, tienen intereses comunes, que los oponen a los capitalistas; **comprender** que los asalariados y sus familias representan la inmensa mayoría de la población y que, por lo tanto, una vez unidos y organizados, todos sus sueños estarán permitidos. En resumen, comprender la realidad para transformarla, ¿es eso tan difícil?

Janus, enero de 2024